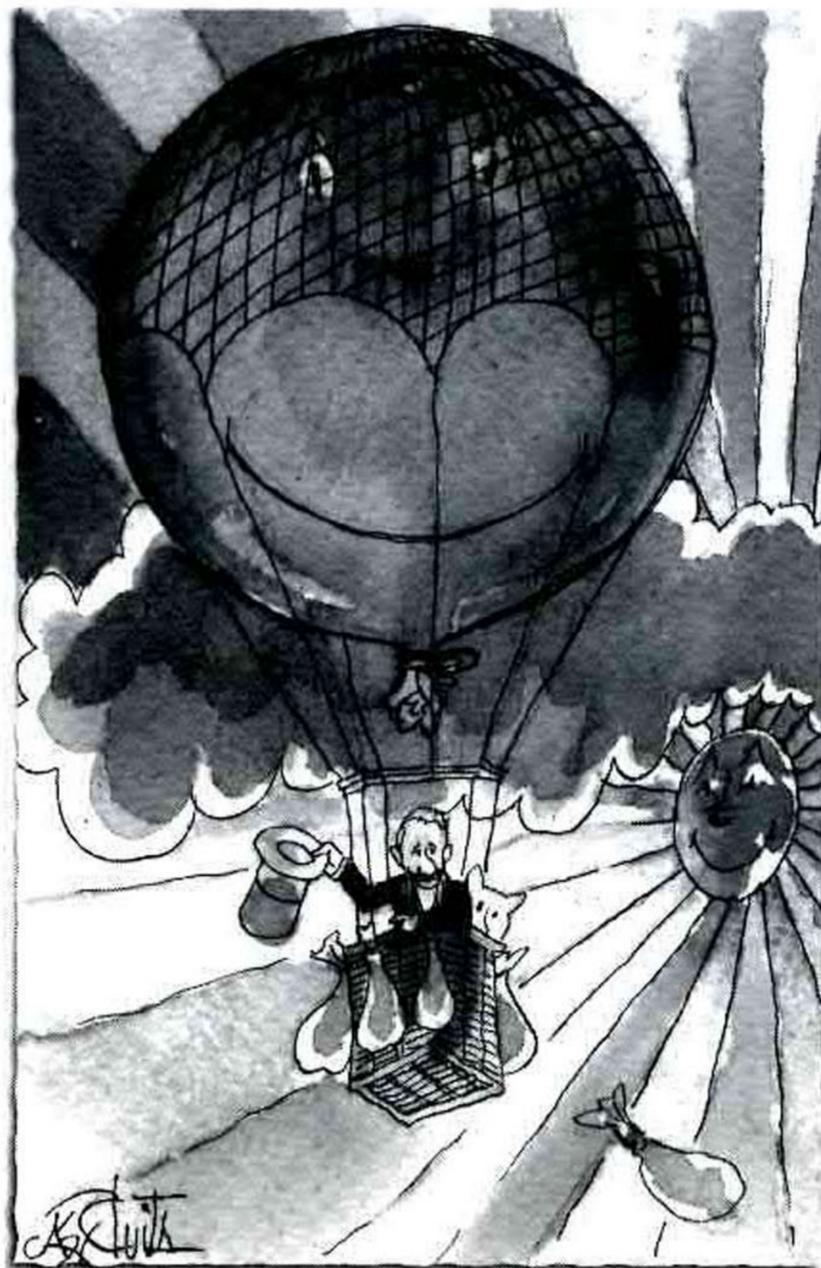


colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

Ocurrencias

Notas de viajes

Paco Ignacio Taibo I



Sofía	71
Atenas	73
Bruselas	75
El niño que orina	77
Budapest	80
Praga	82
Van Gogh	84
Mares del Sur	86
Playas	89
El Oriente	92
Los monos de Bali	95
Singapur	97
Las islas	99
Aforismos chinos	101
Los relojes	103
El plato de sopa	105
Café en Veracruz	107
Los claveles portugueses	109
Canto al bacalao	111
Vetusta	113
Historia de un suceso	115
Ciclismo	117
Calanda	119
Turanzas	121
Sol	123
Pies negros	124
Mi Madrid	126
El gato con botas	128
Un museo	131
Baja California	133
La eternidad de la fiesta	136
A la busca del juguete perdido	138
Provenza	141
Salón de la paz	143
Ciudad de México	145

Presentación

Paco Ignacio Taibo viajaba como quien conversa. El resultado de esa conducta se expresa en la escritura: el punto de partida del viaje se despliega hasta concluir con el punto final del texto sobre el viaje. Pues, ¿no viajamos para recordar, para escribir, para contar? Taibo viaja, conversa y nos incluye a todos cuantos lo leemos en sus nomadismos, insaciables recorridos por toda clase de regiones terráqueas.

Taibo es un conversador nato. Puede explayarse en descripciones o ponderar cuidadosamente la realidad narrada; pero también es capaz de una frase contundente, brevísima, semejante a una nuez, a una almendra, un proferimiento que suele acompañar con gestos de malicia muy sabiamente calculados, como que ha sido actor en alguna película, entre algunas de las variadas y sustanciosas actividades que abultan su ficha biográfica.

Es admirable cómo ha conseguido unir el arte añejo de la conversación con uno de los oficios más duros y exigentes del universo: el periodismo de todos los días. Taibo se baja todos los días en esa esquina que ustedes conocen muy bien para conversar por escrito con sus seguidores y amigos.

El periodismo de Paco Ignacio Taibo tiene las virtudes más notorias de la tradición de cronistas a la



David Huerta

que pertenece. Del artículo tal como lo practicaba Mariano José de Larra, toma el aliento para la recreación de ambientes, atmósferas, personalidades.

De los mejores analistas políticos, un cierto trasfondo moral que distingue —en los paisajes, en las ciudades, en las actitudes— diversos estilos de estar en el mundo. De los sibaritas y los bedonistas de todas las épocas, el sentido profundo que mueve a los viajeros a abandonar su patria en la busca de otros ámbitos, de otros horizontes: el placer, el bendito e irreductible placer, el gusto de ensanchar la experiencia y ahondar la sensibilidad. El arte por el arte proclamado por Gautier tiene un parentesco evidente con estos nomadismos que postulan el contento de viajar *for the sake of it*, como dirían en inglés.

Los mapas de Taibo son un libro abierto, una charla, una lectura fluida y regocijada. Cartógrafo, memorialista, reportero, Taibo conoce sobre todo el arte de la amistad. Ha hecho miles de amigos, a muchos de los cuales —acaso decenas o cientos de miles— nunca ha visto personalmente, cara a cara: son sus lectores fieles.

Taibo ha estado presente entre nosotros desde hace ya mucho tiempo, quién sabe exactamente cuánto, con su elocuencia y su bonhomía. Si el mítico Túbal —descendiente de la tribu de Noé— fue el primer poblador de España, según rezan las leyendas, Taibo es algo así como el primer poblador español, a la vez individual y múltiple ¡misterio!, de muchas mañanas mexicanas ante el periódico o la revista de los cuales es colaborador asiduo.

Palabras, pero también imágenes salen de su imaginación hacia las prensas: nadie ignora en México

que Taibo es la mano y el ingenio detrás del citabilísimo Gato Culto de *El Universal*.

En un mundo moderno, ha estropeado el sentido aventurero del viaje. Ha tratado de domesticar a los nómadas y en alguna medida lo ha conseguido.

Es una lástima. Una de las pérdidas más importantes de ese fenómeno es el debilitamiento de la atención, la mecanización de la visita a los lugares "bellos" o "interesantes". Taibo conserva intacta su capacidad de percepción y de azoro: viaja con todos los sentidos sintonizados perfectamente con lo que lo circunda a lo largo de sus trayectos.

Es un viajero romántico del viejo estilo; no un turista moderno domesticado y conformista.

El viajero Taibo nos trae en las páginas de este libro ameno y sabio noticias sobre el ser y el devenir, sobre él mismo en el mundo y sobre nosotros, que lo leemos con curiosidad.

La obra tiene algo de espejo y de tertulia, de diario íntimo, hecho público, de bitácora o *log-book* marinero. Pero es un hecho que es, sobre todo, el testimonio de una personalidad entrañable y seductora.

David Huerta

Ciudad de México, marzo de 1999

El pasado

Si algún viaje, en este mundo pícaro, me trae a mal traer es el viaje al pasado. Pero no a los pasados recientes, sino a esos pasados que se sustentan en el invento y la mistificación.

Tengo un viaje anotado en el que visité a una bruja que hacía calceta junto a una lumbre ya medio apagada.

La bruja ni me miró, sino que fue siguiendo los senderos que iba trazando con su puntilloso trabajo de agujas y de hilos gruesos.

Era una bruja de aspecto cansado y de mirar más cansado aún. Me dijo que tenía urgencia de terminar el trabajo, ya que estaba tejiendo los destinos de la humanidad.

Me dejó entre perplejo y sorprendido.

No aguanté las ganas de buscar más información sobre esa tarea tan impropia de brujas.

Entonces ella me advirtió que no la interrumpiera ya que estaba modificando ligeramente, por mi causa, el presente. Y si yo la seguía molestando bien podía hacer, por error, que los bárbaros jamás entraran en Roma.

Esta historia no es mía, sino de la humanidad, que ha dado en la saga de inventar puntos de cruz a los humanos, jugando con la posibilidad de que nada es



El pasado

como parece ser y todo bien puede terminar como ya terminó, pero de forma distinta.

El viaje en avión es bueno, ya que si las nubes no me interrumpen y las chicas de servicio no se acuerdan de mí, elaboro este tipo de viaje que me lleva al lugar en donde nunca estuve.

La bruja abandonó por un momento su trabajo y me dijo que bastaba con que modificara un punto, para que yo no naciera.

En el último vuelo estuve yo ayudando a cargar las primeras piedras de la catedral de Oviedo y no pesaban nada.

Ayer me dio por ojear mi *carpet* de notas y advertí que todo lo que vi en mis viajes no lo podría testificar ante notario, a no ser que el notario fuera tan dado a elucubrar como yo.

A mi juicio, el arte de contar lo vivido, es un arte de olvidos y recreaciones.

Cuando pienso en estas cosas vuelvo con la bruja, le pido que modifique su trabajo puntual y que cambie no sólo el futuro, sino también el pasado...

Pero ella ha vuelto a lo suyo y no quiere cambiar nada, que ya todo está muy cambiado. Esto me dijo, quién sabe lo que me quiso decir.

Monterrey

Pensaba Alfonso Reyes que los libros que había escrito a lo largo de su bella vida conformaban dos grupos muy distintos. Unos estaban escritos siguiendo un plan determinado, los llamaba libros *orgánicos*, y otros habían nacido sin plan, acumulando intenciones distintas, desarticuladamente. Decía que eran libros conformados por artículos desarticulados.

Yo bien me puedo imaginar a don Alfonso sentado en dos sillas o sillones que le estimulaban dos talentos diferentes. Un sillón tenía carácter académico, por sus nobles maderas y, de alguna forma, por su evidente incomodidad. El otro sillón era muy poco sillón, más bien una vieja tumbona desgastada que hacía juego con sus zapatillas de domingo.

Pienso que don Alfonso sabía cuando cada uno de estos asientos le llamaba a acomodarse, o desacomodarse en él.

Sabía también, que apenas si tomara asiento ya era hombre distinto, que escribía distintamente.

Y creo que no había dado prioridad a cada una de estas dos sillas, sino que entendía que en el mundo hay asiento para todo tipo de sentaderas y que cambiar de acomodo era tanto como gozar con una de las posibilidades que la literatura ofrece a quien la practica.

Sin embargo, no todos tenemos una idea semejante del uso de la sillería; algunos no se pueden separar del sillón frailuno y otros del severo mueble renacentista, que no sólo marcará sus áreas tiernas, sino también la mollera.

Don Alfonso, que usaba también la tumbona para menesteres que aquí no conviene reseñar, creó páginas estupendas al calor de Monterrey o de Brasil, de Londres o París y bañó su espíritu cambiante con las grises aguas del Sena o las menguadas aguas del aprendiz de río madrileño.

Me vienen todas estas ideas, propias no de sillón sino de asiento de tercera, porque he vuelto a leer *Memorias de cocina y bodega* y me encontré con una nota que recibió este encantador libro, en la que un crítico severo, de sillón académico, dice que se trata de un trabajo ligero, superficial y falto de la severidad que permitirá al autor del mismo, gozar de la fama literaria eterna.

Desde la tumbona celestial debe estar don Alfonso, ríe que ríe.



Nació en España en 1924. Nacionalizado mexicano. Padre de tres hijos y abuelo de dos nietas. Por más de doce años fue el editor de la sección diaria de Cultura en el periódico *El Universal*, de la ciudad de México.

En su juventud fue reportero en Europa de ciclismo y cronista de muy numerosos acontecimientos. Vivió una guerra civil.

Autor de libros de gastronomía. Fue crítico de cine y escribió varios libros sobre el tema. Incluso tiene una enciclopedia, en tres tomos, sobre el cine cómico.

Obras de teatro de Taibo, como *Morir del todo* y *Los cazadores*, se estrenaron fuera de México.

Éstas son algunas de sus novelas: *Pálidas banderas*, *La flor de la tontería*, *Fuga*, *hierro y fuego* y *Siempre Dolores*, entre otras.

En *El Universal* mantiene, además de una columna diaria, la presencia de *El gato culto*, que escribe y dibuja.

En *Ocurrencias. Notas de viajes*, Taibo asegura que a mucha gente se le ocurren ocurrencias. “Algunas por pudor las ocultan, otros, por negligencia, las olvidan. Algunos no tienen ocurrencias. A pesar de ser solamente ocurrencias, me dio pena dejarlas morir.” En fin, “notas de viajes en las que el punto de partida del viaje se despliega por este autor hasta concluir con el punto final del texto sobre el viaje. Pues ¿no viajamos para recordar, para escribir, para contar?”